

Revisión del caso de un niño adoptado¹

Andrés Gaitán González²

Objetivo: Comprender, a partir de material clínico, los factores psicológicos presentes en el tratamiento psicoanalítico de personas adoptadas y sus vicisitudes a lo largo de la niñez y la adolescencia. Desarrollo: Se presentan los tres períodos del análisis de Rubén a partir de la etapa genital temprana, continuando con la latencia y hasta la pubertad y adolescencia temprana, haciendo evidente cómo en la relación analítica se muestran diferencias en la expresión del tema de la adopción en función de los procesos de maduración que vivencia un individuo. Se presentan las hipótesis del analista en torno al significado de las manifestaciones clínicas presentes en cada etapa del proceso. Conclusiones: A través de la relación analítica se evidencia la manera particular en cómo un niño adoptado reelabora y encuentra el significado de los diferentes aspectos involucrados en su adopción, y la manera en cómo esto se articula con su proceso de maduración.

Palabras Clave: adopción, maduración, relación de objeto, simbolismo.

El tema del tratamiento de personas adoptadas es uno de los pocos que, aunque es importante en nuestra época, nunca fue abordado por Freud, y nos obliga a reconsiderar prácticamente todos los conceptos psicoanalíticos para determinar cómo se aplican en esta circunstancia. Si pensamos en la constelación edípica, ¿qué ocurre cuando la prohibición del incesto no se basa en consideraciones biológicas? Si nos referimos a la importancia de las identificaciones con

1. Trabajo presentado en el XVII Encuentro Latinoamericano de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes 2012: Acción y Pensamiento en la Niñez y la Adolescencia, organizado por la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL) y la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Junio 1 y 2, Bogotá, Colombia.

2. Psicoanalista titular de la Sociedad Psicoanalítica de México, A. C.; representante de la sección de Niños y Adolescentes.

los padres, ¿cómo ocurren éstas cuando hay dos pares de objetos primarios? Si pensamos en los procesos normales de separación-individuación—tanto el infantil como el que ocurre durante la adolescencia—, ¿es diferente cuando ha habido otra separación, siempre *sui generis*, de sus ancestros biológicos? La discriminación que sufren, ¿cómo afecta su identidad o su autoestima?

Nickman (1985), afirma que en la literatura de las últimas décadas hay diferencias entre la experiencia de vida de las personas adoptadas con respecto a los demás, y que estas diferencias se manifiestan frecuentemente en alguna forma de psicopatología.

También el tema de cuándo y cómo revelar la adopción ha ocupado muchas páginas de la literatura al respecto, aunque esto es relevante sólo en los casos en que el menor fue adoptado a edad temprana, ya que, si ocurrió en algún momento posterior, cuando el pequeño ya guarda recuerdos conscientes de su primer hogar y de sus padres biológicos, no reconocer la adopción, como una forma de mentir, nunca es recomendable.

Considero que si bien la verdad puede ser muy difícil de elaborar y el camino para lograrlo suele ser largo, amargo y muy doloroso, las mentiras o incluso las medias verdades nunca se integran adecuadamente y, aunque en ocasiones no provoquen directamente dolor ni amargura, estarán siempre en el centro de la psicopatología que se desarrolle en consecuencia. Debido a ello, soy de la opinión de que el hecho de que una persona haya sido adoptada debe dejar de ser considerado como algo vergonzoso o malo per se, y su educación debe incluir tal reconocimiento desde el principio, colaborando siempre con la elaboración de tal circunstancia. Así, antes incluso de que el menor pueda tener conciencia de su situación, debe establecerse un discurso normal que reseñe la forma en que llegó al núcleo familiar, siempre en forma positiva y resaltando los aspectos libidinales, sin permitir que construya concepciones equivocadas que después serán difíciles de derribar. Cuando no es así, se le expone al riesgo de descubrirlo de manera o en momentos poco controlados y por tanto con mayor potencial de constituirse como un evento traumático. Incluso en aquellos casos en que la duda surge de la propia “novela familiar”, la alternativa de mentir o de postergar el esclarecimiento, aunque sea con la finalidad de esperar a que su Yo esté más integrado y sea más capaz de manejarlo es, me parece, peor que los inconvenientes que deben enfrentarse porque ello ocurra a edad temprana, tal como han confirmado Nickman (1985) y Wieder (1977, 1978), entre otros.

Primer periodo analítico: De etapa genital primaria a latencia temprana

Rubén fue adoptado a las siete semanas de nacido a través de un proceso legítimo. Cuando él tenía tres años y medio unos primos lo discriminaron y separaron de un juego, “acusándolo” de ser adoptado. Al ser los padres cuestionados por Rubén al respecto, eligieron decirle la verdad, revelando en ese momento que, cuando descubrieron ser una pareja infértil, ingresaron su solicitud para adoptar. El resultado, dos años después, fue su llegada.

Unos meses más tarde, las autoridades del jardín de niños solicitaron una evaluación que determinara las posibles razones de su comportamiento, ya que se mostraba rebelde, muy inquieto y agresivo con sus compañeros. La conducta indisciplinada no se restringía al ámbito escolar, sino que se expresaba también en la casa, principalmente con su madre, a la que retaba con actitudes negativas que llegaban a “sacarla de quicio”, motivando frecuentes castigos y nalgadas ocasionales.

Los padres lo llevaron a una evaluación neuro-psiquiátrica que arrojó el diagnóstico de Trastorno por Déficit de Atención y sugirió farmacoterapia. Después de reflexionar al respecto, decidieron no medicarlo. La madre trabajaba en el área de salud mental y había oído de mi experiencia en el análisis de niños adoptados, por lo que me solicitó tratamiento analítico, el cual iniciamos a razón de tres sesiones por semana, que medio año después aumentaron a cuatro, cuando Rubén tenía cuatro años y tres meses.

Después de las primeras entrevistas, dedicadas principalmente a establecer un vínculo de trabajo y en las que le expuse que los motivos de sus visitas se debían, por un lado, a su comportamiento agresivo, y por el otro, a un apoyo para entender el hecho de su adopción, Rubén llegaba al consultorio mostrando rechazo a la intervención, aferrándose a su madre y evitando incluso cualquier contacto visual conmigo. Esto fue interpretado principalmente como:

1. Miedo a que, por su mal comportamiento, sus padres adoptivos se deshicieran de él dejándolo ahora conmigo, igual que fue separado de sus padres biológicos para ir a vivir con sus padres actuales.

2. Como una manera de manifestar su rechazo a enfrentar un tema que, muy probablemente, despertaba en él gran cantidad de fantasías terroríficas.

Poco a poco su resistencia a entrar al consultorio a solas fue cediendo, si bien frecuentemente debía salir a checar que su madre estaba ahí esperándolo.

Al notar que rompía el contacto conmigo e iba a reunirse con su madre, sin querer volver a entrar, cuando mis intervenciones relacionaban algo de su juego con cualquiera de sus síntomas, por ejemplo con su conducta agresiva hacia sus

compañeros o su rebeldía con los maestros, le aseguré que su madre iba a estar ahí siempre cada vez que terminara la sesión, y acordamos los tres que su madre lo dejara en sesión y se ausentase de la sala de espera, volviendo a la hora de término para recogerlo, cosa que siempre hizo puntualmente.

A partir de ese momento iniciaron sus conductas de agresión manifiesta hacia mí, las cuales, aunque cambiaran de forma de expresión, estuvieron presentes siempre en su relación conmigo.

Así, al llegar a la sesión y cerrar la puerta del consultorio, empezaba a escupirme y golpearme, principalmente con los pies, en ocasiones argumentando que no quería estar ahí, pero muchas otras veces sólo mostraba su rechazo de diversas maneras, como lanzar objetos contra mí o esconderse detrás de los sillones o las cortinas.

Para interpretar esta conducta, que duró unos siete u ocho meses, utilicé diversas líneas de trabajo:

1. Como expresión de su molestia por haber sido dado en adopción, transfiriendo sobre mí el rechazo a sus padres biológicos por haber renunciado a él.
2. Como una transformación en lo contrario de lo que le ocurrió con sus primos, en donde él fue el rechazado y agredido, cambiando de ser el sujeto pasivo a ser el sujeto activo de la agresión; en términos transferenciales, como una manera de ver mi respuesta a ello y tratar de aprender de mí cómo manejarlo cuando volviera a ocurrir.
3. Como una forma de traer y expresar lo que le ocurría en la escuela cuando perdía el control y agredía a maestros y compañeros, para ver si yo le podía explicar por qué ocurría.
4. Para probar mis reacciones a su conducta y saber si yo sí iba a poder contener y lidiar con todo lo que sentía por dentro.
5. Al considerar que en ese momento yo representaba todas su “partes malas” y, al ponerlas en mí, podía atacarlas en un afán de destruirlas, pudiendo entonces contener él solamente cosas buenas que garantizaran el no ser rechazado, tal como sentía lo fue por sus padres biológicos primero, por sus primos después, y por sus padres adoptivos en alguna fantasía terrorífica.
6. Como la expresión de la fantasía de ser apartado involuntariamente de sus padres, tal como imaginaba que sus padres adoptivos habían hecho para separarlo de sus padres biológicos.

Los episodios violentos eran de tal magnitud que hubo ocasiones en que era necesario utilizar cierta fuerza física para inmovilizarlo, con el argumento de que no iba a permitir que me hiciera daño: lo sujetaba por los brazos y lo mantenía sentado en un sillón, conservando la distancia suficiente para que con sus pier-

nas no alcanzara a contactar mis espinillas o mis genitales. Estos episodios no duraban más de 15 segundos ni ocurrieron en más de 10 ocasiones.

Si bien su comportamiento conmigo varió poco durante este tiempo, en la escuela reportaron una mejoría en su conducta, aunque sin llegar a una remisión de la sintomatología.

En cuanto a los contenidos de su cajón, una de sus primeras acciones fue tomar algunos de los personajes de los juguetes comunes y colocarlos entre los suyos personales; específicamente, incluyó tres pares de parejas adultas, lo que fue señalado como representación de: uno, sus padres biológicos, dos, sus padres adoptivos, y tres, a mi pareja y yo, a la que había llegado a ver alguna vez al llegar a sesión, dado que por aquel entonces yo utilizaba como consultorio una parte de mi casa, con la que compartía la entrada y el baño. Ello, sin duda, provocó complicaciones terapéuticas adicionales, en tanto que en ocasiones se escuchaba en el consultorio la actividad “al otro lado”, descubriendo así Rubén la existencia de mis hijos (mayores que él por pocos años) y de un perro. Todo ello fue hablado muchas veces en sesión e incluido en las interpretaciones que me veía obligado a realizar cuando descubría que el material expresado a través de su juego se relacionaba con estos aspectos de mi vida real, comúnmente amalgamados con elementos transferenciales.

Ocasionalmente manifestaba necesidad de orinar, lo que me obligaba a acompañarlo dentro de mi hogar para acceder al baño, esperarlo en la puerta y regresar al consultorio.

A veces abría su cajón y sacaba alguno de sus contenidos, no para utilizarlos como juguetes, sino para arrojarlos al suelo o hacia mí. En esto mis interpretaciones variaron, incluyendo ahora una redirección hacia su relación con su madre, rechazándola como la que, por no poder contener hijos, lo había apartado de su madre original, desgarrándolo de ella para poseerlo.

Cuando en relación con los cajones Rubén amenazaba con abrir los de otros niños y sacar sus contenidos, y en tanto él sabía que su madre también veía pacientes niños y tenía cajones para los juguetes, le interpreté que por la rivalidad con otros “hermanos”, niños cercanos a su madre o a mí, que pudieran desplazarlo, deseaba destruirlos antes de que ocuparan su lugar, como podía también imaginar que otros hermanos lo hicieron con sus padres biológicos.

Todas estas circunstancias provocaron que las manifestaciones de la relación transferencia-contratransferencia fueran desmenuzadas en diversos aspectos, cada uno de los cuales demandaba un proceso de elaboración correspondiente, a saber:

1. Aquellos, múltiples, provenientes de la expresión de la relación con sus

padres adoptivos, y equivalentes a los que hay que trabajar con cualquier niño en relación con sus padres.

2. Los propios de su fantasía relacionada con los padres biológicos, que, además de estar siempre mezclados con elementos correspondientes a las imágenes de los padres adoptivos, incluyen dos modalidades: los asociados a sus intentos de construcción de su realidad histórica, y los provenientes de la fantasía de su propia “novela familiar”.

3. Los resultantes del vínculo especial representado en el hecho de que su madre y yo nos dedicáramos a la misma profesión, repartiendo nuestra atención entre nuestros hijos y los otros “hijos-pacientes”, como complicación adicional al hecho común de que los pacientes siempre, de alguna manera, conocen que atendemos también a otros niños.

4. Los correspondientes a la contaminación provocada por su conocimiento de mi vida como “persona real”, contando con familia propia que intervenía de alguna manera en su tratamiento, bien sea por poder encontrarlos al llegar o al salir de sesión, o por escuchar su actividad durante la sesión misma.

Me parece importante señalar que, aunque en el tiempo de sesión mostraba diversas e intensas formas de rechazo hacia mí, nunca fue particularmente difícil para la madre traerlo a sesión, como ocurre en ocasiones con otros niños; en general acudía sin oposición o hasta con gusto, lo que me indicó que estas agresiones eran más expresión de elementos transferenciales que resistenciales.

Poco a poco introdujo nuevos comportamientos, hasta llegar a un momento en que dividía el consultorio en dos y reubicaba el mobiliario de tal forma que en “su mitad” quedara construida una “fortaleza” o “cueva” en la que se metía, conmigo “afuera” y a merced de sus “bombas”, consistentes en cojines y otros objetos de su cajón que arrojaba hacia mí. En un principio sólo él atacaba; más adelante, pedía que yo también regresara los cojines y demás elementos lanzándolos hacia él, pero siempre después de que él se había protegido totalmente, haciendo mis ataques inocuos.

Este juego permitió poner en palabras para su comprensión la operación de las defensas paranoides que había establecido para protegerse de un entorno que, por diversas razones, se presentaba poco confiable, lo que derivó en su comportamiento agresivo (defensivo) en la escuela y en la casa.

El camino de relacionar los proyectiles con heces fue bien recibido por él y sirvió para que le hicieran sentido, por obra de su regresión anal, sus relaciones con repudio a los objetos, la impulsividad y la afectividad correspondientes a su mundo interno y a su historia, y a la vez el desarrollo de capacidades propias de carácter omnipotente para lidiar con la hostilidad externa. En contraste, el que

mis “proyectiles” no hicieran daño, esto es, que fueran “estériles”, representaba tanto el éxito de sus defensas y la confianza en sus propias habilidades, como, a un nivel transferencial más profundo, mi relación con su padre adoptivo, ya que el romper una barrera entre nosotros provocó que mis intervenciones accedieran más fácilmente a su mundo interno, por ser menos peligrosas, y permitió a la vez expresar sus fantasías relacionadas con la esterilidad de sus padres, atribuida en ese entonces también a la figura masculina.

Es momento de señalar que el padre, por motivos de trabajo, con frecuencia se ausentaba por varios días del hogar. Cuando estaba, tendía a ejercer el rol de auditor y represor de los malos comportamientos que le eran reportados, lo cual llevó a Rubén a formar una imago paterna temida, poco cariñosa y castigadora, ambivalentemente temida y deseada, y, por lo mismo, poco susceptible de recibir expresiones agresivas en su contra, lo que motivó también la línea interpretativa de que la agresión que descargaba contra su madre y en la escuela contenía asimismo elementos hostiles que pertenecían originalmente al padre adoptivo (y por extensión a los padres biológicos ausentes), pero que no se expresaban debido:

1. Al temor que le(s) tenía.
2. A la necesidad de conservar y no poner en riesgo lo poco libidinal que de él (y de los padres biológicos) recibía, bajo la forma de los escasos momentos en que estaban juntos en buenos términos.
3. En relación con la madre, al hecho de que ésta se le presenta como un objeto constante, fuerte, capaz de recibir —producto de diversos desplazamientos— gran cantidad de agresión que proviene de frustraciones provocadas por otros objetos importantes: por ejemplo, los padres biológicos y el padre adoptivo.

Para sus estudios de educación básica, Rubén ingresó en la misma escuela en que la madre trabajaba como psicóloga —actividad que realizaba en forma paralela a su trabajo psicoterapéutico— debido a que de esta manera tenía una beca para él. Siempre fue claro, y Rubén lo manifestaba en sesión, que aunque no hubiera más remedio, él habría preferido no tener a su madre metida e interfiriendo en su proceso escolar. Al respecto se interpretó que lo mismo le sucedía con su proceso analítico, en el que sentía que ella estaba demasiado inmiscuida. Cada interpretación de este tipo provocaba una respuesta agresiva automática en mi contra.

El tratamiento fue interrumpido abruptamente a la mitad del cuarto año de duración, cuando Rubén tenía poco más de siete años y medio, argumentando los padres dificultades económicas para sostenerlo.

Segundo período analítico: Latencia

Alrededor de un año después, cuando faltaban dos meses para que Rubén cumpliera nueve años, se me solicitó el reinicio de la intervención analítica, si bien con la restricción, por motivos económicos, de acudir solamente tres veces por semana, a lo cual accedí.

Durante el año que duró esta primera interrupción terapéutica, la conducta de Rubén se había alterado lo suficiente como para convencer a los padres de la necesidad de farmacoterapia, la cual se había iniciado con Ritalín. Aunque al principio el medicamento pareció surtir efecto, a los pocos meses se le modificó la dosis y después, durante el año siguiente, se buscó infructuosamente la cantidad adecuada, hasta que apareció en el mercado un nuevo producto llamado “Concerta”, que al serle administrado pareció funcionar adecuadamente para ayudar a normalizar su comportamiento.

Vale hacer notar que el momento de administración de este segundo medicamento coincidió, pocos meses más o menos:

1. Con el hecho de que la madre había dejado de trabajar en la escuela a la que acudía Rubén.
2. Con el reinicio del tratamiento analítico conmigo.
3. Con el cambio a una nueva escuela para el siguiente ciclo, en la que no estaba ni había estado la madre, y que no se dedicaba, como la anterior, a atender “niños con problemas”.

Durante esta segunda etapa seguían presentes las agresiones manifiestas hacia mi persona. Si bien ya era raro que me escupiera y me pateaba con menor frecuencia, para estas alturas había adquirido un amplio repertorio de palabras soeces que me dedicaba pródigamente, en especial al principio de las sesiones. Estas consistían principalmente en decirme que yo era un “pendejo” o un “puto”, palabras que en la ciudad de México se refieren a ser de corto nivel intelectual la primera y a tener poca virilidad la segunda.

En este periodo descubrió que podía salirse del consultorio por la ventana. Hago saber que el espacio analítico —todavía adjunto a mi hogar— se encontraba en una planta baja, sólo unos 50 centímetros por arriba del nivel de la calle, y que, aunque la ventana contaba con herrería protectora, la separación entre los barrotes era suficiente como para que Rubén, que siempre fue un niño esbelto y ágil, pudiera caber.

Así, si bien las primeras veces me alarmé, pronto fue claro que su actividad consistía en llegar, otorgarme los epítomos ya referidos, y más temprano que

tarde salir por la ventana para, a los pocos segundos, tocar el timbre solicitando volver a entrar. En muchas ocasiones esta actividad la realizaba una sola vez en la sesión; otras en dos oportunidades y con rara frecuencia tres o más.

Esto fue interpretado, basado en éste y otros datos, de las siguientes maneras:

1. Como una forma de expresar su ambivalencia con respecto al tratamiento; esto es, que a la vez que manifestaba no querer quedarse cuando ya había llegado, deseaba venir cuando no era el momento de la sesión.

2. Como expresión de su conflicto principal, o sea, la ambivalencia relacionada con:

- a. Querer y a la vez no querer pertenecer a su hogar actual.
- b. Tener los padres que tiene, contra estar en otro hogar con sus padres biológicos.
- c. Ser parte de mi familia y tenerme como padre.
- d. Aún mejor, que todos nosotros nos convirtiéramos en los padres idealizados contruidos en la fantasía, como parte de su “novela familiar”.

3. Como forma de decir que, en su fantasía, sus padres adoptivos lo habían “secuestrado”, utilizando su poder económico, privándole de la posibilidad de vivir con sus “verdaderos padres”, los biológicos, quienes, impotentes, no habían podido evitar ser despojados de su vástago. Él actuaba así su deseo de “escapar” y reunirse con los padres biológicos, robados y tristes por su ausencia. Esto último se apoyaba parcialmente en que, poco después de su octavo cumpleaños, Rubén había cuestionado un día a sus padres con respecto a su adopción, y obtuvo la información adicional de que sus padres adoptivos, por contar con una posición socioeconómica estable y siendo ambos profesionales y trabajadores, habían sido favorecidos con la “adjudicación rápida” de un niño que, por contraste, procedía de una madre que lo había dado en adopción al nacer por no contar con los medios económicos suficientes para su manutención. Al insistir por más información, los padres le aseguraron que no sabían nada más de su madre biológica, que no tenían conocimiento alguno de su padre biológico, y que no había manera de tener más datos, ya que él había sido depositado a la entrada de un hospital con una nota que sólo contenía la información referida. Rubén, por su parte, en su fantasía, había entremezclado partes de la realidad con su propia “novela familiar”, “decidiendo” cuánto de la información que sus padres le proporcionaron era verídica y cuánto había sido distorsionada merced a la perversa conveniencia de sus padres adoptivos. Con ello se explicaba a sí mismo también las actitudes “sádicas” que desplegaban en su contra, consecuencia de su conducta francamente rebelde y hostil hacia los objetos de su entorno.

4. Como una manera de comunicar su deseo de un nuevo comienzo, des-

haciendo todo lo que había ocurrido con anterioridad, para, al tocar el timbre, iniciar mágicamente una nueva vida libre de todos estos anclajes del pasado.

Como antes, en ocasiones externaba deseo de ir al baño, y accedí a su petición de ir sin mi compañía, por lo que lo esperaba en el consultorio mientras utilizaba el servicio. Empecé a notar que en algunas ocasiones se tardaba demasiado y, pensando primero que tal vez había tenido deseo de defecar, finalmente opté una vez por ir a buscarlo, encontrándolo en la habitación de mi hijo jugando con él un juego de Nintendo. Después de esa ocasión no volví a dejarlo ir solo al baño, para evitar que aprovechara el momento para repetir lo anterior. Interpreté lo siguiente:

1. Su deseo de formar parte de mi familia, en tanto que probablemente me habría idealizado de manera que yo primero, y mi familia por extensión, representáramos su ideal.
2. El placer de su éxito al lograr engañarme, implicando un triunfo sobre la autoridad, lo cual perseguía siempre con su conducta antisocial en la escuela y de rebeldía hacia los padres en su hogar.
3. La frustración que representaba, con todas sus consecuencias en la relación transferencia-contratransferencia, el que yo perdiera confianza en él, claramente evidente en el hecho de que, en adelante, no le permití ir solo al baño; señalando siempre que ello derivaba, más que de su comportamiento, de mi error por no haber supervisado.

En esta segunda etapa del tratamiento, Rubén se permitió hablar más de los conflictos con su madre, de la que decía: “está loca, igual que tú y todos los psis”. La repetición de este contenido, en diferentes momentos y formas, pudo ser utilizada para explicar, aunque sólo de manera parcial, algunos de los conflictos maritales que atestiguaba entre sus padres adoptivos, pero resultó ser también material adecuado para profundizar en otros ámbitos asociados con su adopción y con su proceso analítico, como por ejemplo:

1. Posible locura de su madre biológica, como explicación alternativa de su rechazo a él.
2. La “locura” de sus padres al descubrir su imposibilidad para tener hijos, que pretendía ser resuelta con su presencia.
3. Su propia “locura” al actuar inconsecuentemente.
4. Otros elementos transferenciales que obtenían cabal expresión a través de la figura de “mi locura” como analista, como por ejemplo haber escuchado llantos o reclamos de mis hijos a través de las paredes del consultorio.

Afortunadamente, algo que Rubén pudo mantener siempre constante fueron sus aptitudes epistemofílicas, ya que nunca fue cuestionado con respecto a sus

calificaciones o su capacidad para aprender. Durante este segundo periodo de análisis, fue notorio el cambio en el uso del material. Utilizaba siempre tanto los contenidos de su cajón personal como los propios del espacio común. Trataba, a la vez, de ocupar todo el espacio y de agotar todo el material, por ejemplo, utilizando cinta adhesiva de pared a pared, formando una barrera o un “laberinto”, a modo de telaraña.

Esto fue interpretado, entre otros aspectos:

1. Como una manera de expresar su deseo de no renunciar a nada, de tenerlo todo y no necesitar entonces decidir entre padres biológicos y adoptivos, entre Andrés o no Andrés, entre papá y mamá (derivado de sus conflictos maritales).
2. A manera de “dejar huella”, esto es, algo que quedara como evidencia, para cualquier otro que entrara en mi consultorio, de su existencia como paciente mío; esto derivó en temas relacionados con la necesidad de autenticar su existencia.
3. Explicando su necesidad de construir una identidad propia, independiente.
4. Hacerse notar como camino para que sus padres biológicos pudieran buscarlo, a la manera de Hansel y Gretel, dejando evidencia de su paso para poder ser encontrado y recuperado, rescatado por unos padres biológicos de unos padres adoptivos ávidos de un hijo que hacer suyo y devorar.
5. Como la proyección en mí de un deseo de sus imagos paternas de poseerlo y devorarlo, produciendo la fantasía de que yo tuviera la intención de atraparlo, conservándolo como paciente, sin permitir que me deje al usar el argumento de que aún debe analizar cosas; esto es, como afirmando que considero que “está mal”.

En algún momento hacia el final de esta segunda etapa, comenzó a construir una especie de ballesta, que conservaba en su cajón para mejorarla, pero apuntaba contra mí, en lo consciente como forma de manifestar su rechazo a venir, pero que había sido interpretado como expresión de considerarme enemigo de sus deseos y de su crecimiento, lo que, a pesar de ser claramente transferencial, no pudo ser dilucidado por mí como expresión del deseo de sus padres de terminar el tratamiento, y, al ser trabajado de otras muy diversas formas, pero no como un aviso de que el tratamiento habría de interrumpirse nuevamente, derivó en una segunda suspensión, ahora con el argumento de la madre: “Ya todo está bien. Este nuevo medicamento sí le sirvió y el apoyo analítico ha rendido frutos. Ya no tiene problemas de conducta en la escuela y muchos menos en la casa conmigo. Gracias por todo”.

En esta ocasión no tuve oportunidad de hacer algún tipo de cierre de período, sino que, como “de la noche a la mañana”, una sesión lo vi y a la siguiente ya no. Mis argumentos relacionados con que todavía quedaban muchos elementos por analizar fueron desestimados, e incluso mis intenciones por dedicar algunas sesiones a realizar alguna forma de cierre fueron rechazadas, tal vez temiendo que las fuera a dedicar a tratar de convencerlo para que no dejara de venir. Así, después de año y medio, el proceso analítico se interrumpió por segunda vez.

Tercer periodo analítico: Pubertad y adolescencia temprana

Cuando Rubén ingresó a la secundaria (12 años de edad) recibí una llamada de su madre. Al entrevistarme con los padres fui enterado de que, si bien todo comportamiento asociado al Trastorno por Déficit de Atención había desaparecido, al grado de que ya no tomaba medicamento alguno, deseaban que Rubén retomara sesiones analíticas debido a que, inopinadamente, se había enterado de que un tío (hermano del padre), con el cual había sido íntimo y se había sentido ampliamente identificado, era homosexual. Ello había despertado serios temores relacionados con que fuera a desarrollar homosexualidad ya que, a su decir, tal conocimiento había causado en Rubén gran impresión y, ante la sugerencia de reiniciar sesiones conmigo, había accedido.

Así, iniciamos un tercer periodo de tratamiento que, a diferencia de los dos anteriores, ahora sí era con su consentimiento y por su voluntad.

Este análisis, aunque contenía actividad lúdica esporádica, tuvo predominantemente un formato de adulto, al basarse más en la expresión verbal que en el juego, aunque sin el uso del diván, y puede ser considerado tanto como un nuevo análisis, diferente de los anteriores, como continuación esclarecedora de diversos elementos de las intervenciones previas.

Para este entonces yo había logrado resolver los problemas derivados de la crisis económica de 1994 en México, los cuales me llevaron a hacer coincidir mi consultorio con mi vivienda, por lo cual fue necesario arrendar mi despacho para apoyar mi ingreso, y trabajaba ahora ya, nuevamente, en un espacio laboral independiente de mi hogar, ubicado a poca distancia de mi casa.

Supe que Rubén se había enterado de la condición homosexual de su tío porque, al visitarlo en vacaciones, lo había descubierto cohabitando con un hombre, hecho que “lo había sacado de onda”. Dedicó un número significativo de sesiones a la fantasía asociada con la posibilidad de que alguno de sus padres biológicos hubiera sido homosexual y que, por tanto, él pudiera contener esa tendencia sin saberlo. Una vez revisado —aunque sólo a nivel consciente— tal dilema, al poner en palabras muchas de las dudas que podían surgir por el hecho

de desconocer su “equipo genético”, Rubén destinó varios meses a recapitular lo que había sido su experiencia infantil conmigo, lo que también fue utilizado como expresión de su deseo de repensar sobre sus relaciones anteriores, incluida la primitiva con sus padres biológicos.

Para mi sorpresa, en esta ocasión mis interpretaciones, que como antes relacionaban lo que le ocurría en ese momento con su historia, no provocaron ya el mismo rechazo. Tal vez a ello coadyuvó de manera importante el hecho de que, sin poder decir específicamente por qué, yo había conservado los contenidos de su cajón, lo cual le causó una buena impresión, llevándolo a pensar que de alguna manera yo había estado esperándolo, y descubrió, entre otras cosas, la ballesta que había quedado inconclusa.

Así, como muestra de ese cambio de la acción al pensamiento y a la palabra, tema de este Encuentro, habló de cómo me trataba al principio y recordó haberme escupido, pateado y escapado por la ventana. Tomó la ballesta y la apuntó hacia mí; comentó cuánto había odiado venir a sesión. A continuación recordó las veces (más de las que yo querría reconocer) que había entrado a mi casa, engañándome con el argumento de ir al baño, para jugar Nintendo con mi hijo. Todo ello le sirvió, a mi parecer, para reorganizar las categorías en que había acomodado, en parte erróneamente, a sus objetos, por ejemplo, sus padres biológicos, los adoptivos, y al analista de sus períodos analíticos anteriores.

En esta nueva etapa pudo, por fin, ser él quien sacara a la luz, poniéndolo en palabras, el tema de la adopción, lo que antes sólo había ocurrido por mi parte, relacionándolo con algún comportamiento suyo.

Cabe decir que ahora Rubén era una persona capaz de relacionarse libidinalmente con otros, pudiendo hablar de “amigos”, cosa que antes era impensable. No había expresado interés alguno por una mujer, lo que se relacionaba con la preocupación de los padres con respecto a su orientación sexual, y fue trabajado en sesión como su preocupación por que su genealogía pudiera incluir alguna tendencia homosexual desconocida por él hasta entonces, lo que explicó su fantasía antes mencionada, pero permitió también hablar de cuánto se sentía mejor con su padre que con su madre, en tanto que con el primero razonaba y se entendía, pudiendo llegar a acuerdos, mientras que con ella no era posible porque pronto su madre buscaba imponerse con gritos y limitaciones. Con el tiempo, esto también pudo trabajarse en relación con la necesidad de poner distancia con una madre que, por no ser la biológica, podía despertar deseos sexuales que debían ser considerados como incestuosos.

Aunque la situación económica de sus padres había mejorado, en este tercer periodo de análisis solamente fue posible pactar tres sesiones a la semana, una

doble, los sábados muy temprano, debido a una combinación de mis posibilidades horarias con las suyas y de su familia, y porque ahora vivían a más de una hora de distancia de mi consultorio. Así, su llegada a la sesión solía ser un tanto amarga, desmañado y reeditando su añeja agresión hacia mí, ahora bajo la forma de que, al llegar, casi siempre expresara: “Pinche Andrés, te odio”, relacionado con el tener que despertar para venir a sesión. Esto, además de servir para reelaborar asuntos de su relación conmigo provenientes de las etapas anteriores (las agresiones), permitió abordar elementos pendientes de su transferencia hacia mí de situaciones correspondientes tanto a sus padres adoptivos como a sus padres biológicos, a los que ahora reconocía nunca haber perdonado por haberlo abandonado.

En este momento, y gracias al desarrollo intelectual que representa, tal como lo detalla Piaget (1981), la evolución a la forma de pensamiento que incluye las operaciones formales, Rubén estaba ahora en posición de reelaborar, una vez más, las vicisitudes de su adopción, tema que, si bien estuvo presente desde su tercer año de vida y fue reelaborado por vez primera alrededor de los ocho años de edad, cuando pidió mayor información, apenas ahora podía acabar de comprenderlo, e intuir que esto fue lo que lo llevó, como motivación inconsciente, a esta tercera etapa de análisis.

Ahora podía hablar de sus padres y sus defectos sin que ello representara una amenaza de perderlos, ni que por alguna forma de retaliación mágica originada en los padres biológicos, se viera llevado a la necesidad de actuar diferentes formas de castigo alternativo.

En esta etapa del tratamiento, la adopción, al poder ser comunicada sin ambages y gracias al tratamiento previo, fue elaborada de manera adecuada durante el primer año y medio, pasando a segundo término y otorgando a Rubén la oportunidad de elaborar en forma correcta los conflictos asociados a la relación con sus padres adoptivos como si fueran los únicos, dejando, por fin, aparte el tema de su adopción.

Así pudo también lidiar con las preocupaciones de sus padres relacionadas con sus necesidades en esta segunda etapa de separación- individuación, algo que le impedía, entre otras cosas, orientar sus intereses hacia otras personas, incluidas las del sexo opuesto.

Aunque hasta la última sesión Rubén llegó diciendo: “Pinche Andrés, te odio”, ambos estábamos de acuerdo en que esta era solamente una forma de expresión, cariñosa en esencia, del grado de intimidad que alcanzó nuestra relación, la cual incluía, en su forma, la necesidad de excluir elementos eróticos indudablemente presentes, y ya no, ni exclusiva ni principalmente, una forma de comunicar su rechazo hacia mí.

Después de otros casi tres años de análisis, cuando Rubén sugirió dejar de venir a sesiones, fue mi opinión que, ahora sí, podía ser considerado como un fin de tratamiento y no como una interrupción del mismo. Ahora era una decisión suya y no de sus padres; aunque parezca sólo simbólico, había logrado negociar con sus padres el que le dejaran manejar solo el automóvil para desplazarse a lugares cercanos, lo que desde mi punto de vista reflejaba su capacidad para negociar con ellos la confianza en sus propias capacidades, factor indispensable en la formación de la representación discriminativa entre el sí mismo y los objetos, elemento crítico en el desarrollo de las personas adoptadas. En relación con algunos amigos con comportamiento claramente sociopático, pudo separar el vínculo libidinal de su conducta, poniendo distancia con ellos cuando era necesario. Si bien no había iniciado alguna relación heterosexual significativa al momento de dejar el tratamiento (poco tiempo antes de cumplir 16 años), no me pareció que el desarrollo de una sexualidad adulta plena estuviera en riesgo o fuera motivo de obstaculizar el fin del tratamiento.

Casi doce años después de mi primer contacto con Rubén pactamos de común acuerdo y con la aquiescencia de sus padres, el fin de nuestra relación terapéutica.

Translation of Summary

Review of the case of an adopted child

Objective: Understanding, from clinical material, the psychological factors present in the psychoanalytic treatment of adoptees and their vicissitudes throughout childhood and adolescence. **Development:** Ruben's three periods of analysis are presented: early genital stage, latency, and puberty-early adolescence, showing how in the analytical relationship differences in the expression of the adoption issue depending on maturation processes become evident. The analyst's hypotheses concerning the meaning of the clinical manifestations of each stage of the process are presented. **Conclusions:** Through the analytic relation, the way an adoptee works through and finds the significance of different aspects of their adoption is made evident, including how it articulates with his/her maturation process.

Key words: adoption, maturation, object relations, symbolism.

Referencias

- Nickman S(1985). Losses in Adoption—The Need for Dialogue. In: *Psychoanalytic Study of the Child*, **40**:365-398.
- Piaget J (1981). *Psicología de la inteligencia*. Buenos Aires: Editorial Psique.
- Wieder H (1977). On Being Told of Adoption. In: *Psychoanalytic Quarterly*, **46**: 1-21.
- Wieder H (1978). On when and Whether to Disclose about Adoption. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, **26**:793-811.

Correspondencia

Andrés Gaitán González
Avenida México 37-41. Col.Hipódromo Condesa
CP.06100 Cuauhtémoc, México, DF.
andresgaitan@yahoo.com.mx

Recibido para evaluación: 13 de Julio del 2012

Aceptado para publicación: 13 de Agosto del 2012

Copyright of Revista de la Sociedad Colombiana de Psicoanálisis is the property of Sociedad Colombiana de Psicoanalisis and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.